

La creatividad en la adolescencia

“No puede haber creatividad, generación de valor, si nosotros no pensamos que podemos influir en cualquier circunstancia, por compleja que sea”. Así se expresa el Dr. Mario Alonso Puig, excelente orador, en una de sus habituales conferencias sobre Liderazgo, Creatividad y Gestión del Estrés.

Más allá del contexto en que desarrolla su discurso y del modo brillante, creativo y didáctico que este experto utiliza para exponer sus ideas, esa frase, por sí misma, contiene una de las claves que todos los estudiosos del ser humano deberíamos considerar: En el fondo, no importa cuál sea la realidad en cada momento concreto, sino el modo en que nosotros mismos la percibimos y, más aún, el grado en que creemos que podemos transformarla en función de nuestras necesidades y expectativas, lo cual es especialmente importante en los momentos de crisis personales o sociales, cuando se impone la búsqueda de soluciones eficaces ante nuevas circunstancias o situaciones.

Un ejemplo claro de *crisis* es la adolescencia, entendida como esa etapa de la vida en la que el ser humano debe elegir si permanece dentro de los patrones de pensamiento, comportamiento y actuación que definieron su infancia o se lanza a la aventura de construir su propia identidad sobre nuevas bases.

En la grafía manuscrita, precisamente porque durante el proceso de escolarización está presente en la vida de cualquier niño, podemos encontrar materiales extraordinariamente valiosos para determinar hasta qué punto el adolescente está tomando la decisión de mantenerse dentro de límites conocidos u opta por remodelarse a sí mismo buscando nuevas alternativas.

Ese posicionamiento del adolescente frente a sí mismo y al entorno lo podemos detectar también en otra serie de manifestaciones (el tipo de prendas de vestir que elige, el lenguaje que utiliza, sus preferencias para los ratos de ocio, etc.), pero son indicadores menos objetivos o, al menos, el modo en que podemos catalogarlos –y medirlos- los estudiosos del comportamiento es menos fiable y difícil de cuantificar que un código aprendido, compuesto por signos identificables, y compartido por todos los niños de una misma edad, nivel académico o entorno social, como es la grafía manuscrita. Precisamente, ese grado de fiabilidad y validez en el análisis de muestras gráficas es el que permite obtener conclusiones acerca de la evolución de la personalidad infantil hacia la adolescencia hasta llegar a la edad adulta. Esto es así porque, en condiciones normales de escolarización, todos los niños parten del mismo punto en su aprendizaje de la escritura: Copiando un modelo caligráfico.

Nunca se insistirá lo suficiente en la idea de que la comparación entre el modelo caligráfico que el niño aprende en la escuela y las modificaciones que cada individuo introduce en su escritura es la base de la interpretación de la escritura como manifestación de cambios del desarrollo de la motricidad, la maduración de la personalidad e, incluso de la adaptación social. Esto último tiene su importancia, ya que el lenguaje escrito es –no lo olvidemos- un instrumento de comunicación en los distintos niveles de la adaptación social del individuo humano.

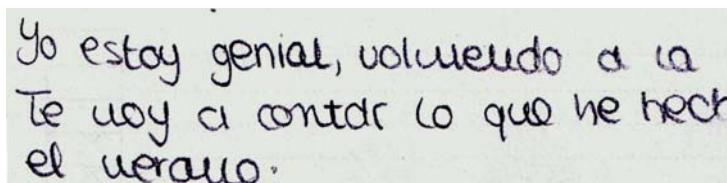
¿Cómo saber si las modificaciones adolescentes son creativas o disfuncionales?

Este es un tema-estrella en el estudio de la grafía del adolescente. Padres y educadores, en el momento en que la escritura empieza a cambiar de manera apreciable, se preguntan ¿Esto es positivo? En principio, la respuesta a esa pregunta debería ser un rotundo "sí", por cuanto esos cambios nos están indicando un deseo de avanzar evolutivamente. Sin embargo, ese "sí" admite matizaciones, que vienen determinadas por una idea básica, relacionada con el propio objetivo del acto de escribir. Para que podamos calificar a una grafía como "**buena letra**", debe reunir **3 requisitos**. Debe ser:

1. **Legible** (que se entienda) y **Clara** (ordenada, limpia).
2. **Sencilla** (fácil de hacer y de leer).
3. **Ágil** (rápida y cómoda, que no exija al que escribe esfuerzos innecesarios).

Esos tres requisitos son los que permiten que la escritura cumpla su verdadera función comunicativa y, lo que es muy importante, evitan que se convierta para el escritor en una tarea tan ingrata de la que desee huir por cualquier medio.

Tomemos un ejemplo:



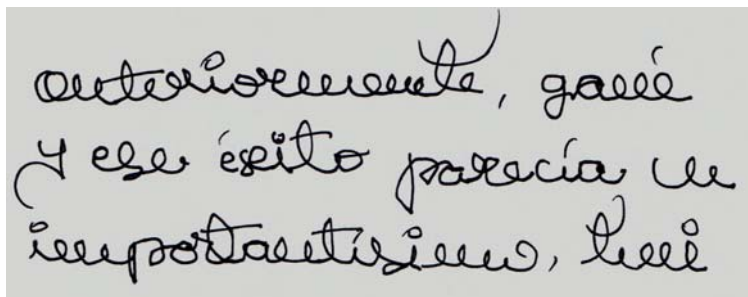
En ésta escritura, que corresponde a una niña de 14 años, que aprendió a escribir siguiendo el modelo de la escritura cursiva (letras ligadas entre sí, con inclinación vertical), se pueden observar indicios de personalización de la escritura. Entre ellos:

- Aunque se mantiene la forma caligráfica de algunos rasgos, aparecen modificaciones (como es el caso de las letras "n", trazadas "en guirnalda" o, lo que es lo mismo, con su arco situado en la parte inferior de la letra y no en su parte superior, que es lo que corresponde al modelo caligráfico).
- Algunas letras se ligan entre sí. Sin embargo, otras se ejecutan independientemente, siguiendo un ritmo flexible, que favorece la agilidad del trazado.
- No se respetan las proporciones caligráficas. Un ejemplo de ello es la letra "t" de la palabra contar, cuya dimensión es similar a la del resto de las letras que la acompañan.

Otros parámetros gráficos están conservados, siguiendo las pautas determinadas por el modelo caligráfico, como es el caso de la distancia entre palabras, la inclinación de las letras, etc. Esto, en términos generales, nos informa de que ésta niña se ha posicionado en una actitud creativa respecto a sí misma y a sus manifestaciones comportamentales (respetando las normas básicas, pero innovando en aquello que le permite introducir modificaciones sin perder de vista el objetivo final comunicativo). Se trata de una postura prudente, conservadora respecto a lo conocido, pero

no menos creativa, abierta a nuevas opciones comportamentales que ella misma puede poner en práctica sin la intervención de otras personas.

Algo muy diferente sucede en este caso (varón de 15 años):

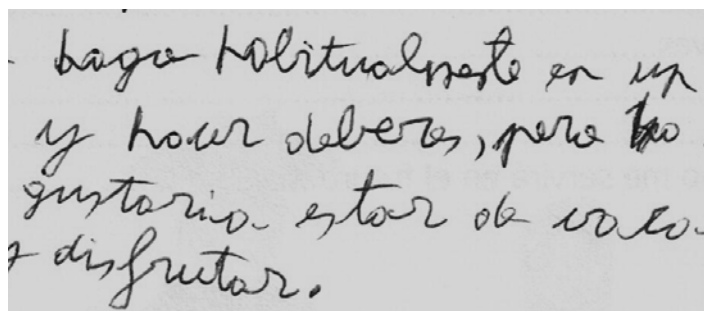


Aquí se observa una búsqueda clara de singularización en la escritura, pero el resultado es poco eficaz, tanto para el propio escritor como para los posibles lectores de su comunicación. Por lo que respecta al escritor, ésta grafía le exige un esfuerzo improductivo debido a la cantidad de adornos y rasgos superfluos que introduce (los "anillos" en las letras "m" y "n", los trazos curvos y prolongados en algunas letras "t", el círculo sustituyendo al punto de la letra "i", la doble vuelta en algunas "o", etc.). Dicho esfuerzo es improductivo porque no sólo no aumenta la legibilidad del texto sino que, además, reduce su velocidad hasta un grado en que, cuando el escritor pretende escribir con mayor rapidez, puede llegar a experimentar ansiedad, por lo cual deforma algunas letras, como sucede en la palabra "parecía", por ejemplo.

Lo que se puede decir en este caso, desde la perspectiva del potencial creativo, es que este adolescente está generando su propio modelo comunicativo, está tratando de abandonar pautas de comportamiento infantiles, pero ese intento de sentirse diferente de los otros puede costarle un elevado precio, al menos en lo que se refiere a su rendimiento académico. Sólo hay que preguntarse cómo es posible mantener esos adornos en las letras cuando se trata de tomar apuntes con agilidad o responder a un examen cuyo tiempo de respuesta es limitado. Aquí, la elección para el estudiante es: ¿Quiero que mi escritura me guste e impacte a mis profesores o prefiero plasmar en el examen los conocimientos que me demandan? Una decisión posible cuando el niño está empezando a introducir modificaciones en su escritura gradualmente y bastante más difícil cuando ya ha generado su propio estilo expresivo, como sucede en este caso, donde ya son muchos los rasgos gráficos que habría que sustituir para lograr una economía de movimientos que permitiera una razonable legibilidad, aún tratándose de una escritura personal y creativa.

En situaciones como ésta, cuando la necesidad de crear -de sentirse individuo único e irreplicable- se convierte en una esclavitud, es frecuente que padres y docentes se encuentren frente a un conflicto. La escritura es un problema, sí, pero más problemáticas son las causas que originan esa grafía por parte del adolescente. Dicho de otro modo, la motivación de cambio del adolescente no está encontrando vías adecuadas para manifestarse y, en consecuencia, necesita ayuda.

Un caso especial es el que se produce cuando las modificaciones que el niño trata de introducir en su grafía no tienen la finalidad de elegir su propio grafismo o sentirse satisfecho con su modo de comunicarse por escrito, sino paliar, directa o indirectamente, dificultades relacionadas con la motricidad o con trastornos de orientación espacio-temporal, por ejemplo.



En ésta escritura, perteneciente a un niño de 12 años, se observa un cierto apego al modelo caligráfico cursivo (el niño tiende a ligar las letras entre sí, las formas tratan de imitar al alfabeto, etc.). Sin embargo, no se puede decir que nos encontremos ante una "escritura caligráfica" propiamente dicha, tanto si consideramos la armonía del gesto como si nos fijamos en las modificaciones que el niño ha generado, siendo la más patente –desde el punto de vista formal- la simplificación de las letras "s". Podríamos decir que la grafía intenta reproducir el modelo caligráfico, modificándolo para economizar movimientos, pero el resultado es deficiente porque los esfuerzos creativos del niño resultan trabados por sus dificultades motrices.

La pregunta, en casos como este, es: ¿El niño realiza esfuerzos para buscar su propio modelo, para crear su propia escritura? La respuesta es "sí", pero las dificultades que está encontrando son mayores que las que afrontará un niño cuyo grado de maduración de la motricidad sea adecuado en relación a su edad y nivel académico.

La siguiente pregunta que se plantea es: ¿Podemos afirmar que no se trata de un niño "creativo"? La respuesta es "no", no podemos afirmarlo. El hecho de que el niño no sea capaz de desplegar sus mecanismos creativos a través de la escritura, como consecuencia de sus dificultades motrices, no impide que esos mecanismos se expresen por otras vías.

A la búsqueda del potencial creativo

Por lo expuesto hasta aquí, se comprende que la *crisis de la adolescencia* es la gran oportunidad de transformación creativa del niño antes de entrar con fuerza en la etapa adulta. Sin embargo, también sabemos que las crisis conllevan tensiones, sufrimientos, nuevas búsquedas... Y, precisamente, una de las búsquedas que podemos identificar los padres y educadores es el grado en que el adolescente está dispuesto a poner en funcionamiento mecanismos creativos orientados a aprovechar sus opciones de cambio. Muchas son las señales a través de las cuales se pueden descubrir esos mecanismos. La escritura manuscrita es, sin duda, una de ellas.

María Luz Zamora
Septiembre, 2011